

# La Lectura Popular

PUBLICACIÓN QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

## A las puertas de la gloria.



Cuentan las crónicas que en cierta ciudad vivieron dos caballeros nobles, uno de los cuales por amor á Jesucristo, vendió toda la hacienda, re-

partió entre los pobres el producto de la venta, y se pareó con menestrales y villanos para poderse dedicar por completo al servicio de Dios Nuestro Señor, libre ya de tropiezos y terrenales cuidados. El otro caballero burlóse de la santa resolución de su noble amigo, y siguió alistado en las milicias de los mundanales devaneos, triunfando y vivaqueando, y aferrado con duras aunque doradas cadenas á los tres enemigos del alma, mundo, demonio y carne.

Pero aconteció que ambos caballeros, el rico y el pobre, fueron llamados por Dios á juicio en el mismo día y á la misma hora, minutos más ó menos. Y diz que con los brazos abiertos recibió el pobre á la muerte, mensajera para él de una eternidad feliz; pero que tembló y azaróse el rico y quiso reconciliarse con Dios. Y fué tan grande y tan grande para con aquel mundano la divina misericordia del Señor, que le fué concedido un momento de arrepentimiento que fué como el salvoconducto y pasaporte para su eterna bienaventuranza.

Murieron ambos y presentóse el pobre á las puertas de la gloria. Acudió á ellas el portero celestial San Pedro; preguntó quien llamaba y le fué contestado así mientras San Pedro abría el postigo:

—Gente de paz: soy Diego el menestral, aquel caballero noble que por amor á Jesucristo se despojó de sus haciendas y estados y los repartió luego entre los pobres.

—¡Ahl Diego..... Diego; sí, sí, ya caigo. Bueno, esta bien: espera, Diego, espera, sientate ahí en ese banco del portal, luego te tomaré la filiación; hoy es un día muy ocupado para nosotros en el cielo.

Sentóse el buen Diego en el banco, y esperó sentado las órdenes del portero celestial.

Pero hete aquí que de repente se abre de par en par las puertas de la gloria, resuenan con sonoro estrépito los bronceados goznes, oyesse estruendo de caballería, música de chirimías, dulzainas y clarines, y vió Diego salir de los gloriosos alcázares la más lucida y brillante cabalgata que pudiera imaginarse. Angeles y serafines, virgenes y niños, martires y confesores, apóstoles, evangelistas, patriarcas y profetas, saltan todos jubilosos y como de gala, envueltos en nubes de incienso y otros fragantes aromas, y marchaban triunfalmente entre armoniosas sinfonías de angélicos citoristas y cantores, y entre nimbos de luz y de gloria, y entre vistoso florido bosque de pendones, estandartes, banderas, flámulas señeras y gallardetes.

—El cielo se ha desplomado (dijo el buen Diego) ¿á dónde diablos irá tan lucido acompañamiento?

San Pedro entre tanto, con traje de día de fiesta se paseaba por los portales de la gloria con sosegado continente, la cabeza algún tanto inclinada, las manos á la espalda, dando vueltas y más vueltas entre los dedos á las llaves, sin acordarse para nada del pobre postulante que esperaba sentado. La mesura, la gravedad, la ancianidad del santo, sellaban los labios del pobre Diego que ya se iba cansando de esperar tanto, porque ya aquello iba picando en historia.

Pero de repente vió asomar por los eternos collados que están fuera de puertas, el mismo acompañamiento de marras más cantor y más parlero que antes, más jubiloso, más alborotado.

Qué será, qué no será, ello es que conforme iban acercándose los heraldos y timbaleros de la gloria, lograron atisbar los ojos del pobre Diego un generoso alazán de alzada gigantesca y de bizarra estampa que marchaba con triunfal decoro en medio de aquella muchedumbre, conducido y guiado por los más arrogantes

gastadores y palafreneros de la gloria.

Caballero en el soberbio alazán descollaba entre todos los santos la gentil figura de un héroe coronado de fresco laurel, cubiertos hombros y espaldas con riquísimo manto del más fino brocado, y empuñaba en la diestra macizo centio de oro y pedrería. Y cuentan las crónicas, lector carísimo, que en aquel arrogante ginete tan llevado y tan traído en palmas por toda la corte celestial, reconoció el buen Diego (¿quién dirá lo que reconoció?), reconoció —dicen las crónicas— el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la perspectiva misma de su paisano el caballero rico.

Ante los espantados ojos del pobre Diego fué desfilando aquella comitiva, á cual entró en la gloria con suntuosa magnificencia y aparato regio. Y entonces oyéronse nuevas y no escuchadas armonías y más y más aclamaciones; repicaron y voltearon las campanas como en día de Resurrección, é hizo salvas también la artillería; todas las cuales manifestaciones eran otras tantas muestras de la alegría, bullicio, regocijo, algazara y universal contentamiento y júbilo que reinaba en aquellas celestiales mansiones.

Acongojado y moينو por demás hubo de quedar el pobre Diego al considerar el cuitado que con tal aparato se recibiese en la gloria á su convecino, y á él se le hiciese esperar sabe Dios hasta cuando, siendo así que el rico se había pasado toda la vida quebrantando todos los mandamientos, y él, el pobrecito Diego, había seguido por amor á Jesucristo la estrecha senda de la virtud, despues de haber renunciado á las pompas y vanidades de la tierra.

—¿Qué te pasa, muchacho, le preguntó San Pedro disponiéndose á cerrar las puertas?

—Esto me pasa, señor, respondió Diego; y le contó al santo sus cuitas.

Sonrióse beatíficamente el buen viejo, y dijo:

—¡Qué majadero eres, hombre! Es verdad ¡caramba! que con tanto rebullicio como hoy anda por aquí, ni si quiera me acordaba ya de que estabas esperando. Pasa, hombre, pasa. ¿No ves, tonto (añadió bajando la voz y pasando la venera-

ble mano por encima del hombro del pobre de Cristo) no ves, tonto, que si contigo no se hace nada de eso que has visto hacer con el otro es porque *tú eres de casa?*... Entra, hijo, entra en tu reino; entra ya de lleno en el gozo de tu señor. Ve á ocupar el trono que has conquistado, el cual se levanta mil codos, y me quedo corto sobre la silla que va á ocupar tu vecino. Y en cuanto á los festejos con que se ha celebrado su entrada aquí en la gloria, no te extrañen ni choquen, Diego; porque aquí MAS NOS ALEGRAMOS CON EL ARREPENTIMIENTO Y CONVERSION DE UN SOLO PECADOR, QUE CON LA VENIDA DE CIEN JUSTOS QUE NO NECESITAN PENITENCIA COMO TU.

Y tranquilo y contento y con inefable alegría, aquel pobre voluntario de Cristo entró en la gloria á recibir el ciento por uno y á poseer la vida eterna, conforme á la divina promesa de Nuestro Divino Salvador.

J. Martín del Campo.

## INCONSECUENCIAS

D. Patricio Salmonete es un modesto empleado de seis mil reales, padre de una numerosa familia y asíduo concurrente al café de La Estrella donde por un real toma café, refresco, los terrones de azúcar que dejan los amigos, y cada disgusto con la reacción y con los reaccionarios que se pone á punto de que le dé un ataque de apoplejía.

No pudiendo derribar de su trono á los tiranos, D. Patricio derriba con el codo las tazas y las copas que hay sobre la mesa del café. Desde que anda esto de la revolución de Rusia ha hecho verdaderos estragos en la vagilla del establecimiento.

Es entusiasta admirador de todos los inventos modernos y de todas las modernas libertades, habla mucho de la electricidad y del vapor y se lamenta á cada paso de lo atrasados que estamos en España por culpa, por supuesto, de los pícaros reaccionarios.

Salmonete con su oratoria ha conseguido ahuyentar á los parroquianos de La Estrella porque en cuanto ve cuatro reunidos les espeta un discurso que se sabe de memoria y que comienza de esta manera. La voluntad de la mayoría debe ser la ley suprema de los pueblos, etc. etc.

Fué este verano á visitar á D. Patricio, no le encontré en casa y á la esposa se le ocurrió aprovechar mi visita para consultarme acerca de la salud de sus hijos.

—¿Qué le parece á usted, Doctor, que

hagamos con esta niña, dijo cogiendo á una de sus hijas y poniéndosela delante, que ha perdido el apetito y anda siempre por los rincones comiéndose el yeso de las paredes? ¿Le sentarían bien los baños de mar?

—Sin duda, le contesté, es lo que más pronto reconstituiría esa sangre empobrecida.

—¿Y con Antofíto, que hacemos?—me preguntó, presentándome un zangolotino de trece años que parecía el maniquí de un almacén de ropas hechas.

—Este niño está creciendo, dije mirándole las mangas de la americana que les faltaban cuatro dedos para llegar á su destino, y contra los accidentes del crecimiento yo no conozco nada tan eficaz como los baños de mar.

—Todavía queda otro enfermo—agregó la esposa de Salmonete señalando á una señora de ocho arrobas castellanas,—la pobre de mi mamá que con su gran peso y sus muchos dolores está completamente imposibilitada y no sé que haría por mejorarla.

—Pues aprovechen la ocasión, hagan un esfuerzo y al mar con ella, dije dispuesto á reventar por completo á Salmonete, que en esos reumatismos crónicos hacen verdaderos prodigios los baños de mar calientes.

Mi consejo fué excelentemente acogido por toda la familia. Los niños empezaron á saltar de gozo ante la perspectiva de un viaje de recreo, las hijas me dirigieron sonrisas de agradecimiento, la madre me colmó de atenciones y yo salí de la casa riéndome de pensar la cara que iba á poner el entusiasta admirador del sufragio universal en cuanto se desencadena se la tormenta que le amenazaba.

No habían pasado tres horas de mi visita cuando recibí un recado urgente rogándome que volviese casa de los Salmonetes. Me apresuré á hacerlo temiendo una catástrofe y efectivamente á mi llegada encontré el cuadro completamente variado.

Los rostros antes alegres se habían tornado tristes, Don Patricio parecía una pantera y la mamá política llevaba la cabeza envuelta con un pañuelo de yerbas.

—¿Qué ha pasado aquí?, pregunté al observar aquella mutación.

—Casi nada, contestó D. Patricio con ironía, que su consejito de usted me ha colocado á las puertas del presidio.

Entonces me contaron lo ocurrido.

La esposa había manifestado á Salmonete la necesidad de llevar la familia á que tomase los baños de mar, las hijas apoyaron la proposición. D. Patricio dijo que

nonnes, la suegra intervino en el debate, D. Patricio le tiró á la cabeza lo primero que encontró á mano, que fué un cucharón de plata mereses, que si conforme le dá de plano le dá de canto se arma la gorda, mejor dicho, muere la gorda sin decir Jesús me valga; entonces la hija salió á la defensa de la madre, y Salmonete



ciego de la ra la cogió con ambas manos y estuvo á punto de desarticularle las vértebras cervicales.

Cuando escuché el relato de lo ocurrido, acercándome á la puerta por si tenía que tomarla huyendo de D. Patricio me atreví á decirle.

—Dispenseme usted amigo Salmonete pero lo que ha hecho me parece una inconsecuencia, porque si la voluntad de la mayoría debe ser la ley suprema de los pueblos, también debe serlo de las familias y por lo tanto usted debía haber accedido á llevar la suya á.....

—¡Los infiernos!—esclamó D. Patricio perdiendo los estribos.—Sepa usted caballero que en mi casa solo se hace lo que á mi me da la real gana.

Yo entonces, acordándome del cucharón, cogí el sombrero y me fuí á la calle convencido de que el mundo esta lleno de Patricios que tienen dos programas; uno para gobernar los pueblos, es decir las familias de los demás, y otro diametralmente opuesto para el gobierno de su casa.

C.

## EL SOCIALISMO

Entre dos camaradas.

—Juan ¿qué es socialismo?

—Hombre, es una cosa bien sencilla. Socialismo es... por ejemplo: Yo tengo una pipa y tú tienes tabaco y me lo das.

—¿Y después?

—Pues me lo fumo.

—Y yo ¿qué hago?

—Tú, escupes.

—Hombre, pues no me trae cuenta ser socialista.

## SENSIBLE PÉRDIDA

Tras larga y penosa enfermedad, sufriendo con heroica resignación, y confortado con los Santos Sacramentos, ha muerto en Alcoy el ilustrado é integérrimo propagandista católico D. Miguel Gisbert, Director de nuestro estimado colega la *Revista Católica*.

«Fué honesto, fué humilde, fué amante de la justicia, fué pobre, fué callado, fué creyente, fué caritativo, confesó á Jesucristo de palabra y de obra, con la pluma y con el ejemplo...» he aquí la biografía breve y cumplidísima que de él hace D. Emilio Pascual, testigo de sus virtudes.

Al enviar á su atribulada familia nuestro más sentido pésame, pedimos á nuestros lectores una oración por el alma del que en estos tiempos cada vez más difíciles para el periedista católico *peleó hasta el fin*.

## Escenas del inventario

### PORQUE HE PEGADO....

Es casi de noche...

Se ha terminado el inventario...

¡Y qué inventario! Una hoja de papel arrugada, emborronada, escrita con letra temblorosa... parece que por esta página han pasado todas las angustias de cuatro horas de lucha encarnizada, salvaje.

Agentes, bomberos, guardias á caballo, se retiran con aire avergonzado del campo de batalla. Sólo quedan junto á la iglesia algunos retenes de guardias municipales en medio de una multitud de gentes que hormigüea por los alrededores y contemplan los cristales rotos, las verjas torcidas, las puertas destrozadas á hachazos y las sillas rodando por los charcos que forma el agua que sale del templo.

Aparece un obrero, sofocado, cubierto del polvo de la batalla. Le preocupa la compostura de su gorra, que ha debido de recibir un golpe magistral, pues la visera está desprendida casi totalmente.

Acude á uno de los guardias.

—Diga usted... ¿no podría usted dejarme un alfiler?

—Tal vez...

Y mientras lo busca en su guerrera, el agente examinaba al buen hombre... Evidentemente acaba de batirse y ha resultado casi tan destrozado como su gorra; la frente está ensangrentada, un ojo inflamado, los botones de la blusa azul

han sido arrancados violentamente, llevándose trozos de tela...

—¡Bien, hombre; estás famosol... No has salido con las manos vacías... ¡Buena cara te pondrá tu mujer.

—... Ya lo creo que me la pondrá buena—dice el obrero con cierto orgullo:—*¡somos bretones!*

—¿Entonces... te has peleado hace un momento?

—¡Sí!... ¿Y qué?

—¿Qué?... que sois tontos los católicos.

—Sé más cortés, ¿oyes?

—... Porque, al fin y al cabo... las leyes se hacen para todo el mundo..., para los católicos, como para los que no lo son.

—Espera... No te precipites. Los católicos aceptan las leyes que son *para todo el mundo*. Yo pago los impuestos como tú... He hecho el servicio militar como tú, pero no quiero que me atropellen *por el hecho de ser católico*.

—La ley es la ley.

—Entonces, si la ley te dijera que mataras á tu madre..., ¿qué harías tú? ¿Y si la ley estuviera hecha por los *apaches*?

El agente calla y da muestras de alguna turbación.

—Ya ves que hay límites para la ley—continúa el obrero—Que la ley no lo es todo; que por encima de ella está el sentimiento imperativo del propio derecho... de la conciencia.

—Es posible... ¿Pero por qué un inventario ha de ir contra la conciencia?

—Porque es el primer acto de un robo... Oye: mi pequeña iba el año pasado á la escuela de las Hermanas. También comenzaron por hacer sólo el inventario, y allá fué con ese fin un señorito muy amable, fino y enguantado... Dos meses después les robaron todo lo que tenían en venticuatro horas. Desde entonces veo claro; sé adonde va á parar todo esto. Cuando un bandido me pregunta qué hora es en la calle, á altas horas de la noche, no hace nada malo, pero yo se adonde quiere ir á parar... y echo mano del revólver. Y esto es algo parecido, ¿comprendes?

—Sí; pero me parece que los primeros cristianos no se defendían cuando eran perseguidos.

—¡Bah..., amigo, te confundes! ¡Aquéllos eran nuevos..., poco numerosos... y estaban en casa ajena...; nosotros estamos *en nuestra casa!*.. La Francia es católica desde hace diez y ocho siglos. ¿Y porque un puñado de masones quiera aniquilarnos, vamos á inclinar la cerviz rendidamente?... ¡Ah, eso nol... Si me dejas, me pisotearéis...

—Yo... no puedo darte consejos...; pe-

ro creo que no excitando á Bienvenido Martín..., que con calma... y paciencia... y dentro de la legalidad...

—...¡Tarárá!... Hace treinta años que nos adormecen con esa musiquilla... y de ahí nace el desprecio con que se mira á los católicos franceses... Nos tratan como á los turcos y peor aún; porque si estuvieras tú en Argel, no irías á hacer el inventario en las mezquitas de los beduinos.

—Lo que es en eso llevas razón: me parece que no iríamos.

—Lo creo... los santones de por allá no tienen los escrúpulos de los nuestros.

—Ahí quería venir yo á parar: ¿crees tú que los curas están satisfechos de vuestro comportamiento?

—¡Estoy seguro de ello! ¿No has visto al párroco de aquí con el aire de un valiente veterano? Sino que el alma de un sacerdote es una cosa algo complicada... Ellos han de tener presentes una porción de cosas, mientras que yo sólo tengo presente una; así es que esta mañana, mientras almorzaba, me decía: «—Vamos á ver, Esteban, si Jesucristo fuera el párroco de tu iglesia, ¿que harías tú? ¿Qué haría El si un fracmasón llegado al poder por medio de un motín le dijera:—Echa los cristianos á la calle: entregame tranquilamente tu iglesia; preséntame tú mismo los objetos sagrados para que yo los numere y tase y los catalogue, á fin de poder confiscarlos con su cuenta y razón el día que me venga en talante? ¿Qué haría entonces Jesucristo? ¿No se repetiría la escena del templo cuando los mercaderes fueron echados á latigazos?... Pues yo he imitado su conducta; no soy hombre de letras, pero no desconozco el Evangelio...

Además, hace poco tiempo me he sentido rejuvenecer, y esto no deja de ser grato cuando, hace treinta años, nos dan por muertos y enterrados. Es verdad que he recibido golpes, y casi me saltan un ojo, pero yo he pagado generosamente con la misma moneda... Y, después de todo... (aquí el obrero adopta una expresión de candor y humildad que encanta), ¿no es cierto que no se puede hacer una tortilla sin romper...?

—¿Sin romperle á uno la crisma?

—Eso es; me has comprendido. Chócala, amigo. Tienes cara de hombre honrado; y, en el fondo, debes ser de los nuestros, ¿verdad?

El corpulento guardia *sonríe paternalmente, y entrega dos alfileres al obrero.*

*Pierre L'Herminier.*

## MAS DEL INVENTARIO

Con ocasión de los inventarios se han registrado profanaciones y sacrilegios tan horrorosos, que no nos atreveríamos siquiera á mencionarlos, si no nos constara que están completamente comprobados.

Permítannos los lectores que pongamos uno de muestra. El hecho ocurrió en *Le Nouvelle*, puerto de unos 2400 habitantes. El día del inventario, 7 de Febrero, presentóse el impío alcalde M. Gaspá en la iglesia, apandillando un numeroso grupo de canallas y mujeres reclutadas del vicio, y encarándose contra el sacerdote y fieles que había en el templo, se entregaron á los actos más brutales de salvajismo.

Uno de los salvajes penetró en un confesonario y con un hacha hizo saltar la réjilla. Las mujeres de la horda se acercaron al confesonario, realizando actos que la pluma se resiste á copiar.

Todo fué odiosamente profanado y destruido; los confesonarios, las capillas, los altares. Un individuo iba de estatua á estatua tirando á los santos de sus pedestales y destrozándolos: El crucifijo fué bárbaramente insultado y escarnecido.

Los hotentotes rodearon al sacerdote y después de mil injurias, le cubrieron con un gorro rojo.

Las mujeres fueron villanamente atropelladas.

No les basta lo hecho. Era preciso extremar las profanaciones y violencias.

El alcalde llamó á su perro. Se le subió sobre la mesa de Comunión y se le dieron á comer hostias robadas en la sacristía.

Después metieron el perro en el tabernáculo.

Los lienzos del altar, arañas y candelabros fueron colocados en informe pira en medio de la iglesia; se prendió fuego á todo, y cuando la turba abyecta se alejaba de aquel sitio de horror, las mujeres arrancaban las velas de los candeleros y llenaban sus delantales.

Escenas como estas no necesitan comentario. Se ha coronado de gloria el Gobierno francés, mereciendo que salgan de sus covachas la escoria de la sociedad y las mujeres de mal vivir para ayudarle en su obra inicua.

—Loubet se retiró ya el día 18 á la vida privada, dejando la poltrona presidencial á su sucesor, M. Fallieres. ¡Buen bagaje de responsabilidades se lleva para el día terrible en que Dios le llame! Allá en su soledad podrá rumiar la valentísima encíclica que Su Santidad ha dirigido al pueblo francés, y que constituye el más tremendo sumario de los ultrajes que la Iglesia debe á su nefasta magistratura.

## VARIEDADES

### EL SECRETO.

#### I

—¿Lo prometes?...—Lo prometo.  
—A nadie....—A nadie... descuida;  
¿Qué? ¿no sabrá Bienvenida  
Guardar á Juana un secreto?

#### II

—Pilar, prometí callar,  
Mas Bienvenida en tí fia;  
—Cuanto digas, hija mía,  
A la tumba he de llevar.

#### III

Pilar lo contó á Loreto,  
Esta á Luz, Luz á Clemencia,  
Sin omitir la advertencia  
De que ante todo... ¡el secreto!

#### IV

Y así fué....Aquella mañana,  
Antes de las diez del día,  
El pueblo entero sabía  
Que Gil casaba con Juana.

*Juan de Edeta.*

### TROZOS ESCOGIDOS

Siendo el objeto esencial del entendimiento la verdad, y el objeto esencial de la voluntad el bien, y no siendo la libertad sino una dote de la voluntad alumbrada por la inteligencia, la verdad y el bien deben ser el objeto esencial de la libertad. No hay, pues, mayores enemigos de la libertad que el error y el mal, y no hay cosa más amiga de la libertad que la verdad y el bien, y no cabe mayor trapacería que llamar libertad al error y al mal. El liberalismo, por falsificar la libertad, lo ha falsificado todo.

Hay oposición entre Catolicismo y Liberalismo, como la hay entre razón y racionalismo, derecho y contra derecho, bien y mal, justicia é iniquidad, honrra de bien y libertinismo, nobleza y esclavitud, obediencia y rebelión, Iglesia de Jesucristo y Sinagoga de Satanás. El liberalismo gobernando, es: ante la razón, una contradicción; ante el orden, un conflicto; ante la libertad, una monserga; y ante la seriedad, el ridículo de los ridículos.

*Hojas del Ave María.*

### Napoleón y Monseñor Barral.

Con motivo de la separación de la Iglesia y del Estado en Francia, se recuerda una anécdota de Napoleón I.

Había pensado este Emperador fundar una Iglesia separada de la de Roma, y con frecuencia hablaba de semejante proyecto con altos personajes eclesiásticos. Un día lo hizo con Monseñor Barral, Arzobispo de Tours y pariente suyo, á quien preguntó:

—¿No es verdad, primo que Francia puede prescindir del Papa?

Sí, *sire* contestó el Prelado—lo mismo que el Ejército puede prescindir de Napoleón.

## PENSAMIENTOS

Cerrar las puertas de las iglesias es lo mismo que abrir las de las cárceles y los hospitales.

Debemos desear el bien y sufrir el mal; el tiempo nos es dado para obrar y la eternidad para responder de nuestras obras.

## BIBLIOGRAFIA

# LECTURAS POPULARES

Cuentos, artículos y diálogos originales de D. Adolfo Clavarana.

Desde hoy quedan puestos á la venta los tomos Primero, Segundo, Tercero, Cuarto, Quinto y Sexto.

Precio 1 peseta cada uno franco de porte.

Tomando doce ejemplares se regalará uno.

No se responde de los paquetes no certificados ni se servirán los pedidos que no venga acompañado de su importe.

## LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. Se manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

### PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Una acción . . .	4 pesetas mensuales
Media id. . . . .	2 » »
Un cuarto id. . . .	1 » »
Un octavo id. . . .	0'50 » »

Por medio de correspondal 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Pas 6, principal.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.